

de la contrición, el origen de nuestra salud. A vos pues recurrimos, para que nos alcanceis tantas lágrimas de amor y de dolor, que puedan apagar la sed de nuestro Jesus, y nos hagan dignos de ir á gozarle eternamente en el cielo.

LA SEXTA PALABRA

QUE DIJO EL SEÑOR EN LA CRUZ :

Todo está ya concluido.

Ya se cumplieron, oh almas! las profecías de las antiguas Escrituras; ya se cumplió el fin de los decretos de Dios; ya se pagaron las deudas de los pecadores á la divina Justicia, y se compró el premio de la bienaventuranza para los justos. Queda hecho un pacto perpetuo entre Dios y los hombres: se ha dado fin á la esclavitud del demonio, y principio al triunfo de la gloria: ya está nuestro dulcísimo Jesus en los últimos extremos de su agonía, despues de haber cumplido el alto cargo de Redentor; y puesto ya dentro de las puertas de la muerte, está ofreciendo su vida á favor de los pecadores. Entra, oh alma mia! en su íntima memoria, y verás en ella las peticiones que deben hacerse al Eterno Padre hasta el fin del mundo; todas las hace Jesucristo, y por sus infinitos méritos y muerte, todas las súplicas tienen favorable despacho. En este punto está él mirando con su alta sabiduría todas tus ten-

taciones y batallas, todas tus caídas, aun las mas ocultas, todos tus pensamientos, todos los sucesos de tu vida, tus ocasiones y peligros de pecar y de condenarte. Mira como aplica por tí toda su pasión y muerte, comme si tú solo fueses el objeto de su amor. Dáale por lo mismo infinitas gracias, y pídele que te cuente en el número de los que ve que se han de salvar; porque ahora es cuando tiene presente á los pecadores convertidos y á los justos: ahora es cuando da valor á sus Apóstoles, fortaleza á los Mártires, pureza á las Vírgenes, aliento á los Confesores y á los penitentes: ahora ve llenos los campos de su Iglesia de las mieses que sembró en ella; abatida la idolatría, erigidos los templos al verdadero Dios, pobladas las religiones, y enarbolada en todas partes la triunfante insignia de su cruz: ahora ve que por su muerte han de recibir la divina luz muchas naciones, y se han de salvar aun las mas bárbaras.

Observando pues el cumplimiento de estos tan altos fines de su redencion, y que nada mas le quedaba por hacer en obediencia á su Eterno Padre, y reparacion de los hombres, alzó la voz, y con generoso afecto dijo: *Consummatum est*: todo está ya cumplido: nada mas me resta que hacer por voluntad de mi Padre y felicidad de los hombres; y mi afecto por ellos no pudo llegar á mayor extremo.

¡Oh Redentor de mi alma! ¿cómo podré yo daros las debidas gracias por un beneficio tan incomparable, y por una caridad tan inmensa? A ella corresponderé por lo menos, diciendo de mi vida pasada, con verdadero arrepentimiento vuestras mismas palabras: *Consummatum est*: todo se acabó cuanto podia ofenderos: se acabaron mis escándalos por amor vuestro; y ojalá pueda yo añadir algun dia: se acabó tambien mi vida de puro dolor y contrición, por haberos ofendido con tantas é innumerables culpas mias pasadas, y al fin deshechas en el fuego de vuestro amor.

La alta empresa está acabada,
Y Jesus con brazo fuerte
Del infierno y de la muerte
Con su muerte ya triunfó.
Quien retorno hace á las culpas,
Por sí mismo se condena
A la bárbara cadena,
De que Cristo le libró.

ORACION.

¡Oh María! segura esperanza de los pecadores, ya cumplió Jesus nuestra redencion, y encomendó á vos el aplicarnos, y conservar en nosotros su copioso fruto; hacedlo así, Madre piadosísima, y favoreciéndonos con vuestro patrocinio: tengan fin nuestras iniquidades, nuestros pecados y nuestra obstinacion. Alcanzadnos la perseverancia, para

que nuestra vida empleada en el servicio de Dios, acabe tambien en su gracia y amor.

Padre nuestro, diez Ave Marias, Gloria Patri, etc.

LA SEPTIMA PALABRA

QUE DIJO EL SEÑOR EN LA CRUZ:

Padre, en vuestras manos encomiendo mi espíritu.

En esta última palabra nos da nuestro Redentor el último documento de su amor, enseñándonos el acto mas importante y sublime, para terminar la extrema hora de nuestra muerte; y es entregarnos en las manos de su Dios, como en las de nuestro Padre. Cristo nos enseña á morir; aprendamos lo que es la muerte, mirando á la suya. ¡Oh paso tremendo! ¡Oh arduo punto! Acercándose á él un hombre Dios, se conmueve y se altera su santísima humanidad; pierde el rostro su color; se acardeñalan los labios; tiembla convulso todo el cuerpo; aun aquel alto y animoso grito, con que al tiempo de espirar encomendó su espíritu al Eterno Padre, que podia librarle de la muerte, fué acompañado de lágrimas, *cum clamore valido et lacrymis*. En tal disposicion, conformidad é indiferencia, muere un hombre Dios. ¿Y los mortales podrán ser insensibles á la consideracion de un momento tan terrible? Observemos en Jesus, qué cosa sea agonizar: ¿qué batallas, qué angustias internas del

espíritu, qué dolores, qué convulsiones y desfallecimiento del cuerpo! ¡Oh paso peligroso! ¿Cómo puede haber persona que dilate sus disposiciones para aquel tiempo, en medio de tantos afanes y amarguras! ¿Y cómo haber hombre que reserve para aquella hora el negocio mas importante y difícil de su eterna salvacion? El alma santísima de Jesucristo tenia en aquel cuerpo un precioso compañero suyo: miraba aquella purísima carne, tomada de María, y al mismo tiempo de deshacerse aquella estrecha union, y separarse de aquel cuerpo, era esta separacion tan violenta y dolorosa, que obligó á temblar toda la sacratísima humanidad. ¡Oh fuerza del morir! ¡Oh duro golpe que agita y conmueve á un Hombre Dios! Pero bendito seais, ¡oh Jesus mio! que os pusisteis en este trance, y terribles agonías para socorrerme, y ayudarme á pasar las de mi muerte, y para endulzar, con vuestra memoria y vuestra gracia, mis amarguras en aquel momento.

Hallándose pues en este extremo nuestro Redentor, puso silencio, y pidió atencion con aquel alto y vigoroso clamor, diciendo con gran reverencia: *Padre, en vuestras manos encomiendo mi espíritu.* ¡Oh qué divina instruccion! Cristo en este acto honra á su Eterno Padre con el mayor honor que se le puede dar, porque poniendo su espíritu en manos del Padre, le muestra su inmenso amor, su firme confianza, su profunda

humildad, su total sumision; pues se entrega todo á su disposicion y providencia, como á Padre fiel, justo, santo y poderoso, que no puede faltar jamas á quien se fia en él, ni dejar de ser el asilo infalible de misericordia y seguridad, en cuyas manos el alma que se le encomienda, no puede dejar de ser feliz para siempre.

Siguiendo pues yo la doctrina que nos enseña Jesucristo en este sublime acto para morir bien, pongo y encomiendo mi espíritu en vuestras manos. ¡Oh Padre Eterno! recibidme, Señor, desde esta hora para siempre: miradme agonizar entre tantos peligros de ofenderos; miradme entre los combates y asaltos de mis tentaciones, y entre los desalientos y desmayos de mis caidas: no permitais que me precipite, ¡oh Padre piadosísimo! ya que juntamente con vuestro amado Jesus, os encomiendo mi espíritu, no solo en la hora de mi muerte, sino tambien en todo el tiempo de mi vida, y con él, os encomiendo igualmente cuanto tengo y cuanto soy, implorando vuestra misericordia.

Habiendo así encomendado nuestro Salvador su espíritu al Eterno Padre, y conociendo que ya llegaba el momento de entregárselo para que todo el mundo conociese que moria espontáneamente, y por obediencia voluntaria al mismo Padre, no menos que por amor á los hombres, dió finalmente á la muerte licencia de llegar: pero antes

de morir, para mostrar que no era la muerte la que le obligaba á inclinar la cabeza, sino el peso inmenso de su amor, él mismo antes de espirar, la inclinó dulcemente sobre el pecho, significando así su obediencia al Eterno Padre, su propension y benevolencia á los hombres, su pobreza y humildad, no tener en la cruz donde inclinarla, y la gravedad de nuestras culpas, que con su peso se la oprimian y hacian morir. La inclinó á la tierra ingrata, para darle con su último aliento, como al principio del mundo, espíritu de nueva vida. La inclinó, para llamar con esta señal los pecadores á su amistad y amor. La inclinó, finalmente á su dulcísima Madre María, que traspasada de dolor estaba al pié de la cruz, para hacerle esta profunda reverencia, y despedirse de ella dirigiéndole su extremo suspiro, y para enseñarnos, que á María y por María debemos dirigir el último aliento de nuestra vida.

Inclinada tan misteriosamente la cabeza de nuestro amorosísimo Redentor, se dieron por entendidas todas las insensibles criaturas de que iba á espirar su Criador: el sol y el cielo se oscurecieron, la luna se muestra sangrienta, gime y tiembla la tierra, y todo el mundo llora, y se conmueve. ¡Ah Jesus mio! ¡Quién me diera morir con vos, y morir por amor vuestro, como vos moris por el mio! No quiero vivir, si he de volver á ofenderos y crucificaros.

Ya llega y se apresura la hora: bien podeis morir, ¡oh Redentor de mi alma! que todo el cielo y la tierra están en la mayor expectacion de vuestra muerte. Con los brazos abiertos os espera el Eterno Padre, para recibir vuestro espíritu; lo esperan los ángeles, para celebrar vuestra victoria; los santos padres del limbo, para gozar con vos su gloriosa libertad; lo esperan todos los justos, para daros eternas gracias y alabanzas; y lo esperan tambien los pecadores, con el firme propósito de no seros mas ingratos; y finalmente lo espera el mundo, para renovarse; y los hombres todos, para verse redimidos de la esclavitud del pecado. Condesciende el Señor á estos universales deseos y felicidad de las criaturas, especialmente de los pecadores, y entrega su espíritu al Eterno Padre.

¡Oh altísimo Dios! ¡Oh Magestad incomprendible! Solo vos, Señor, podeis conocer y apreciar la muerte de vuestro hijo y Redentor nuestro Jesucristo. El hombre lo oye, y se queda insensible, ciego y mudo. Ve morir á su Dios, porque él no muera eternamente en el infierno, y no suspira, no llora, no se convierte! ¡Oh qué obligacion tremenda! ¡Oh viernes santo! ¡Oh tres horas de agonía! Despertad, ¡oh mortales! vuestra fe adormecida y aletargada. Muere vuestro Dios por vosotros y por vuestros pecados ¿y no hay alguno que muera de dolor por haberle ofendido, ó de amor por habernos él tanto amado?

Acabada esta última meditacion, se cantan á

canto firme, y tono de pasion estas siguientes palabras. Jesus autem, emissa voce magna, exspiravit.

Murió Jesus : enlútase
 Con negro manto el cielo,
 Las duras piedras rómpense,
 Se rasga el sacro velo,
 Y el universo atónito
 Lamenta á su Señor.
 Jesus murió : ¡ espectáculo,
 Que tanto al mundo asombre,
 Como peñasco estúpido,
 Verá insensible el hombre!
 ¡ El hombre, que causa única
 Fué del comun dolor!

ORACION.

Dolorosísima Virgen, por aquel extremado tormento que padeciste viendo morir á vuestro divino hijo Jesus, os suplicamos nos asistais en las agonias de nuestra muerte. En vuestras manos, ¡ oh amorosísima Madre nuestra! encomendamos nuestro espíritu. No nos abandoneis en aquella hora peligrosísima. Esto es la última gracia que os pedimos por la muerte de Jesus, por la sangre de Jesus, por el alma de Jesus. Dilectísima Madre nuestra, acordaos que en vuestras manos encomendemos nuestro espíritu.

Padre nuestro, diez Ave Marias, Gloria Patri, etc.

STABAT MATER DOLOROSA.

Triste estaba la Madre dolorosa,
 Afligida, y llorosa
 Al pie de aquella Cruz, donde pendiente
 (Como allá en el desierto la Serpiente)
 El Hijo victorioso, y exaltado
 Triunfó sobre la muerte, y el pecado,
 Consumando glorioso de este modo
 La feliz Redencion del Mundo todo.

Cuyo espíritu tierno, y dolorido,
 En continuo gemido,
 Regando con sus lágrimas el suelo,
 Despojado de alivio, y de consuelo,
 Contemplando el dolor del Hijo amado,
 Fue rigurosamente atravesado
 De aquella dura espada,
 Antes por Simeon profetizada.

¡Qué acongojada, triste, y afligida
 La bendita, feliz, y esclarecida
 Madre del Unigénito, y glorioso
 Hijo mas amoroso,
 Sin consuelo se hallaba
 En la trágica escena que miraba
 Del Cordero inocente,
 Muerto á las manos de su propia gente!
 ¡Cuanto llena de pena se dolía,
 Cuanto se estremecía

La piadosa Madre mas amante
 Al ver el incesante
 Torrente de las penas tan prolijo
 De aquel inclito Hijo,
 Que del Caliz amargo
 Tomó nuestros dolores á su cargo!
 ¿Quién podrá ser el hombre, cuyo pecho
 En lágrimas deshecho,
 No se anegue en un mar de triste llanto
 Al ver la dura pena, y el quebranto
 De la Madre de Cristo, que esforzada,
 De pena, y de congoja rodeada,
 Como cárdeno lirio,
 Sufre el cruel tormento del martirio?
 Qué corazón habrá, que con terneza
 No se cubra de luto y de tristeza,
 Al contemplar la Madre piadosa,
 Como Viuda Esposa,
 Al pie del Hijo amado,
 En la Cruz enclavado,
 Padeciendo con él en dura suerte
 Las últimas congojas de la muerte?
 De sus gentes al fin por las maldades,
 Vió á Jesus entre fieras crueldades,
 Sufriendo las injurias y tormentos
 De sayones sangrientos,
 Y á la suma inocencia,
 Ejemplo de humildad y de paciencia,
 Atado con cadenas y cordeles,

Sujeto á los azotes mas crueles.
 Vió igualmente á su Hijo idolatrado,
 De todos en la Cruz desamparado,
 Herido, macilento, y moribundo,
 Hecho triste espectáculo del Mundo,
 Que por disposicion del alto Cielo,
 Sin alivio, defensa, ni consuelo,
 Incliné la Cabeza hácia su Madre,
 Y el Espíritu al fin le dió á su Padre.
 Ea, Madre feliz, Madre piadosa,
 De dulzura, y amor fuente dichosa,
 Haz que el rebelde pecho,
 En lágrimas deshecho,
 Sienta la fuerza del dolor tirano,
 Para que asi mas tierno y mas humano,
 Pueda llorar contigo la desgracia
 Del Autor de la Vida y de la Gracia.
 Haz que mi corazón arda dichoso,
 Reverente, contrito, y fervoroso,
 En amor encendido
 De tu Hijo querido
 Jesucristo, mi Dios, y que humillado,
 Sea de él recibido y aceptado,
 Para que el alma fiel que aspira á verle,
 Pueda en todo servirle y complacerle.
 Feliz y Santa Madre venerada,
 Alcánzame la gracia deseada,
 De que en mi corazón triste y postrado
 De mi Dios, y Señor crucificado

Se queden estampadas
Las heridas sagradas,
Para que su socorro poderoso
Me saque de los riesgos victorioso.

Parte conmigo, pues, Madre de Amores,
Las penas, las fatigas, y dolores
De tu Hijo adorado,
Herido, y maltratado,
Que se dignó por mí, como Cordero,
Ser llevado al madero,
Donde sin dar descargo, ni disculpa
Satisfizo obediente por mi culpa.

Pues soy, Señora, del dolor testigo,
Haz que llore contigo
Tan eficaz y verdaderamente,
Que el corazon contrito tiernamente,
Afligido se duela, y traspasado
Con el Crucificado
Sin término, sin tasa, ni medida
Todo el tiempo, y espacio de mi vida.

Oh quien pudiera, dulce Madre mia,
Haceros compañía
Al pie de aquese tronco misterioso,
Arbol que tan florido, y tan frondoso
Ningun valle ni selva ha producido,
Y alli con Vos unido
Quisiera ser, Señora, en dolor tanto
Compañero feliz de vuestro llanto!

De las Vírgenes Virgen portentosa,

La mas esclarecida, y mas gloriosa,
No os vea ya mi pecho reverente
Por mas tiempo llorar amargamente:
Cese ya la congoja y la fatiga,
Que al dolor os obliga,

Y haced en tanto que mi amor sincero
Llore con Vos al pie de ese madero.

Haced que de las llagas traspasado,
Del Señor venerado,
Con venturosa suerte,
Lleve en mi corazon la triste muerte,
Y que de su Pasion maravillosa
Pueda el alma dichosa
Ser de aquesta manera
Inseparable, y firme compañera.

Haced que por amor de vuestro Hijo
El dolor mas acerbo siempre fijo
Hiera mi corazon, y que estampado
Quede en él de las llagas un traslado,
Para que con tal dicha, y tal ventura
De la Cruz anegado en la dulzura
Se vea en las delicias de su Cielo
De gloria embriagado, y de consuelo.

Encendido mi pecho, é inflamado
En amor de mi Dios reverenciado,
Sea el alma dichosa,
Oh Soberana Reina Poderosa!
Defendida de Vos, porque en la muerte
Alcance con los justos feliz suerte,

Libre de la infernal garra sangrienta,
En el estrecho dia de la cuenta.

Haced, que de la Cruz siempre amparado,
Por la muerte y Pasion del Hijo amado
Sea fortalecido,

Guardado, preservado, y defendido,
Siendo en toda desgracia,

El eficaz auxilio de su gracia,

Mi poderoso abrigo

Contra la saña infiel del enemigo.

Cuando el Cuerpo, Señora, sin aliento,

A manos del dolor y del tormento,

Flaco, desfallecido, y extenuado

De fuerzas, y sentidos despojado,

Acabe con la vida miserable,

Alcanza de mi Dios, Madre admirable,

Que el Alma, de esta vida transitoria,

Al Paraiso pase de su gloria. Amen.

ORACION.

Dios, en cuya pasion la espada del dolor, segun la profecia de Simeon, traspasó la dulcísima alma de la gloriosa Virgen María tu Madre, concédenos por tu bondad, que los que con veneracion celebramos la memoria de tu pasion y transfixion, consigamos los frutos dichosos de tu pasion, por los gloriosos méritos é intercesion de todos los que fielmente asistieron al pié de la cruz. *Házlo tú*, que vives y reinas, etc.



PESAME
 A MARIA SANTISIMA
 EN SU SOLEDAD.
 EL VIERNES SANTO EN LA NOCHE.

Postrados con la mayor humildad delante de la imágen de María Santísima, y considerando la incomparable pena que su Magestad sentiria, viéndose sin la luz de sus ojos, Jesus, á quien acababa de dejar en un sepulcro, haciendo refleja sobre la causa de tan sangrienta muerte, que no fué otra que nuestras culpas, dirán el siguiente

ACTO DE CONTRICION.

¡Amorosisima María, madre de misericordias, abismo de dolores, insondable piélago de penas, y tormentoso mar de desconuelos, que en las amargas ondas de tu desamparada soledad, renuevas los martirios de tu amante corazon, con la tierna memoria de los tormentos de tu dulcísimo Jesus, muerto á manos de la obstinada ingratitud de los